

ner, como en Argel, una invasión de langostas que amenazaban devorar á los tiernos vástagos de la educación laica y obligatoria?

3.º ¿Es verdad que, cierta tarde, las jóvenes pensionistas hicieron, en el jardín de dicha escuela, un inmenso fuego artificial, á cuyo rededor bailaron una desenfrenada zarabanda, cantando este estribillo de actualidad, en el que la amenidad del fondo solo se iguala con la elegancia de la forma:

Oh! oh! oh!  
Ces b...gresses  
De sous-maitresses  
F...tons-les à l'eau.  
Oh! oh! oh!...!

4.º ¿Es verdad que las madres de algunas ayudantas, espantadas por esas amenazas feroces y creídas de que los días de sus hijas corrían serio peligro, han ido — ¡ó heroísmo del amor maternal! — á hacerles un baluarte con su cuerpo, dispuestas á morir, si era preciso, con sus amadas hijas?

5.º ¿Es verdad que el señor juez de paz se ha visto obligado, por dos veces, á trasladarse de oficio á los locales escolares por ver de calmar á los jóvenes y bullidores ánimos? ¿Ha sido más afortunado que los inspectores de quienes hablábamos días atrás, y no se ha retirado, como ellos, en dobla? (1)

(1) Una carta dirigida al *Clairon du Lot* y reproducida por el *Univers* con fecha de 27 de julio de 1888, nos da también un croquis bastante lindo de las jóvenes estudiantes republicanas yendo de viaje.

«Algunos meses antes, unas aspirantes á la bolsa de esta Escuela fueron á Cahors para sufrir su exámen. De las estaciones del carril que atravesaron nos llega un eco de los más fieles de la educación demasiado libre con que quisieron edificar las mozuclas.

»Al partir, cada una de ellas había tenido cuidado de proveerse de una vejiga repleta de tabaco; su objeto muy natural era recrear sus ocios envolviendo artísticamente cigarrillos que fumaban sin pestañear. Véase claro que no eran los primeros que fumaban y hubiérase dicho que el cigarrillo entraba por algo en el programa de su exámen.

»En Cahors fueron al café; el cuarto de una fonda es demasiado monótono, y, además, ¿qué hacer allí sino dormir? En el café, las horas son más cortas y las distracciones más variadas. La vejiga se llevó todos los honores de la velada; el humo subía espeso hasta el techo; hubiérase dicho que era un fumadero donde habían tenido entrada un regimiento de tropa, y, á no ser por un caballero algo distinguido, los boulevares hubieran tenido también los honores del cigarrillo.

6.º ¿Es verdad que esas señoritas en sus horas de recreo simulan matrimonios más ó menos... civiles, en los que algunas de ellas figuran revestidas de disfraces masculinos?

7.º ¿Es verdad que estas ceremonias carnales van acompañadas de espantosas cencerradas, que los vecinos no han podido hacer cesar sino acudiendo á la intervención de M. Rougié, nuestro valeroso y simpático agente de policía?

8.º Es verdad que durante sus paseos  
En los prados floridos  
Que riega el Bave,

estas púdicas jóvenes delinean, ante la benévola mirada de la Señorita directora, las cabriolas más arriesgadas—mostrando de este modo á los transeuntes estupefactos su valor de equilibristas?

9.º ¿Es verdad que de tres semanas acá, se han suspendido los cursos de la Escuela superior y reemplazado por salvajes sinfonías, cantadas á coro por las alumnas y compuestas de gritos de animales, de injurias innobles dirigidas á las ayudantas, de grotescas publicaciones de matrimonio, etc., etc.?

10.º ¿Es verdad que á consecuencia de estas manifestaciones y de los alborotos que, naturalmente, las habían completado, les ha sucedido varias veces á las ayudantas salir de clase hechas una lástima y privadas del elegante apéndice que ostentan, como una joroba colosal, en su trasero, nuestras damas?

11.º ¿Es verdad que los padres, en vista de semejantes desórdenes, comienzan á retirar sus hijas de una escuela donde aprendían..... tantas cosas? ¿Es verdad que se han ido ya, para no volver, veinte alumnas y que á estas horas son ya más las idas?

Uno se pregunta verdaderamente en que orden de ideas quedan confinados los diputados de la derecha cuando se ve que no ejercen represalias contra las injurias sin nombre que la izquierda prodiga á religiosos.

»Asegúrase, quizás sin razón, que en la estación de Vers, las jóvenes atortadas no quisieron quedar atrás de un matrimonio que cantaba desgañitándose. Sus voces femeninas se hacían oír, y las canciones livianas acabaron con la monotonía del viaje.

«¡Esta es vuestra obra, republicanos!»

Nuestros diputados no debieran hacer más que abrir un pequeño periódico que merece ser más conocido: la *Reforma universitaria*, donde encontrarían infinidad de hechos auténticos, todos más odiosos, más grotescos unos que otros que les permitirían aclarar con luz instructiva lo que pasa en los colegios y los liceos del Estado.

Sabido es que vivo bastante retirado, pero á pesar de esto he recibido las más asombrosas confidencias sobre la materia. Recuerdo dos jóvenes amables, amigos de la Universidad, que trabajan animosamente para la agregación, é iniciándome en la vida íntima de un liceo de provincia. De cuanto han visto tratarán en un excelente libro actualmente en prensa: *Un Liceo de provincia bajo la tercera república* —una obra animada, buena, que no lo dirá todo, pero que permitirá adivinarlo todo.

Hay un drama doloroso en el espectáculo de esos jóvenes, sino castos, puros á lo menos de las manchas del libertinaje, que creen en su cargo de educadores, que esperaban en la juventud para realzar la Francia, pero que están obligados á oír desde su aposento, sin intervenir, las escenas que pasan en el dormitorio de los mayores.

Está prohibido castigar por ningún concepto. El director es un tipo particular; su existencia está envenenada por el temor perpétuo de ver desaparecer sus últimos alumnos é ir á reunirse á los demás en los establecimientos libres. Para retardar la catástrofe, lo sufre todo, se presta á todo; disculpa á los alumnos que compusieron canciones indecentes contra él; para evitar á los más indóciles y á los más rezagados que esten detenidos en castigo, les libra por exenciones como esta que es textual: «Exención al alumno X..... por no haber tenido la escarlatina.»

A este director añadid unos profesores como aquel á quien retiraban borracho de la calle ó como el profesor de

retórica que leía el *Demi-Monde* á sus alumnos y les contaba su noche de boda, y tendreis la idea de una sociedad es-trambótica y cenagosa absolutamente admirable. ¿Me acusais de exageracion? ¿No me creéis más de lo que me hubiéseis creído si antes del asunto Wilson, os hubiese mostrado el interior del Eliseo tal como era? ¡Qué importa! Sé lo que digo y hasta lo que no digo (1).

Sería necesario cojer uno á uno á los miembros de la izquierda que votaron la urgencia de la proposición René Laf-fon y pasar por el tamiz las virtudes de esos hombres tan poco indulgentes para los demás.

Este estudio alargaría desmedidamente las proporciones

(1) La *Reforma universitaria* ha revelado innumerables escándalos, sin que los ministros de Instrucción pública, los Barthélot y los Goblet se hayan jamás inquietado por ello.

Los republicanos que se ocuparon de Citeaux valdría más que se informaran de lo que pasa en los asilos de sordo-mudos.

«Hemos dado cuenta, dice el *Salut public* del mes de agosto de 1888, de las ineptas hazañas del ciudadano Mettenet, oficial de Academia, Republicano de primera fuerza, Francmason y director del establecimiento muy laico de sordo-mudos de Navenne, cerca de Vesoul.

»El ciudadano Mettenet, que, no obstante su edad, ha conquistado celebridad pornográfica, acaba de ser juzgado por atentado contra el pudor.

»No queremos insistir más de lo necesario acerca de los pormenores de ese mal negocio, que escandalizaron á los mismos jurados del Alto-Saona.

»Digamos solamente que el ciudadano Mettenet era acusado de haber cometido, en Navenne, en agosto y setiembre de 1887, en todo caso desde menos de diez años, uno ó varios atentados contra el pudor consumados ó intentados sin violencia en la persona de una niña, de trece años de edad, con la circunstancia agravante de ser en aquella época director del establecimiento donde estaba colocada la niña. Era pues responsable del crimen previsto por los artículos 381, 333 del Código penal.

«Los antecedentes de ese sátiro republicano son lastimosos.

«Los testigos, un maestro, una maestra y la misma víctima refieren las abominaciones cometidas por Mettenet.

«Declarado este responsable, es condenado á un año de cárcel, después del cual podrá sin duda comenzar otra vez el curso de sus hazañas, fabricar escándalos antirreligiosos que se hará pagar muy caros por la *Lanterne* ó figurar mejor en la categoría de honor en los conciliábulo de los HH. . . tres puntos.»

de este libro, y me contentaré con escoger uno ó dos modelos, al acaso.

Jorge Laguerre vale la pena de algunas pinceladas.

Ya conocéis al personaje: un sér huesoso, desmadejado, cara de hoja de navaja, llena de manchas molestas.

Es el tipo del abogado franc-mason, un correcales amigo de frecuentar malos parajes, un truhan tabernario que anda continuamente con un expediente en un brazo y una maruja en el otro.

Jóven todavía, ha hecho ya traicion á casi tantos partidos como los restos viejos de todos los gobiernos que, en los escaños de la Cámara de los Pares ó del Senado, se recordaban entre sí, con groseras burlas, que habian servido quince regimenes. Aquel á quien los telegramas de Boulanger designan con el nombre de «monaguillo de coro» edificó primeramente á los miembros de la conferencia de San Vicente de Paul incapaces de adivinar la profunda hipocresía del personaje: oró, comulgó, ayunó. Después se convirtió al Thierismo y asombró por su servilismo al anciano á quien debía llamar «degollador de París.»

Reinach se encargó de pintarnos á ese intratable radical en unas cuantas líneas inspiradas.

¡Degollador de París, M. Thiers! exclama Reinach en la *República francesa*. Con qué, Laguerre, ¿ya olvidásteis que el 3 de setiembre de 1878, aniversario de M. Thiers, en Nuestra Señora, erais uno “de los encargados á quienes la señora de Thiers—cito textualmente lo dicho por la *República francesa*—á quienes la señora Thiers habia confiado el cuidado de recibir en su nombre y colocar según su categoría á los innumerables amigos de su marido?,” Y la *República* añadía: “Creemos deber citar aquí los nombres de esos jóvenes, son: los S. S. Ed. Teisserenc de Bort, Linol, Violet, Salomon Reinach, Liévin, Eychenne, Sarchi, Richtemberger, *Laguerre*, Grandjean...”

Y luego ¿olvidásteis, Laguerre, el 3 de agosto de 1879, inau-

guracion de la estatua del libertador del territorio en Nancy? Vos estabais allí, aquel dia (y yo tambien); pero no e tábais allí como simple y modesto admirador del gran patriota, sino como delegado, deciais, de la juventud francesa de las Escuelas.—Más aún, ¿olvidásteis ya vuestra primera conferencia en Montmartre? aquella conferencia en que, bajo la presidencia de Clemenceau, hicisteis tan bello elogio de Thiers que el salon se puso agitado y Clemenceau, que ya no era demagogo á medias, tuvo que pasar la pena negra para sacaros á flote? Con que Laguerre, ¿cómo se os han podido borrar todos estos recuerdos, para que deshonreis con tanta elocuencia “á los degolladores de París?,”

Todos saben las venenosas calumnias con que el pícaro, en el momento de la persecucion, se desató contra la Iglesia cuya proteccion habia mendigado, cuando la creía influente y poderosa.

Nada hay en esto de las blasfemias del obrero engañado, extraviado, pero de buena fe, y á quien se compadec en vez de acusarle. El ultraje á las conciencias cristianas es aquí un trampolin electoral.

Para recobrar Laguerre el apoyo de las Logias, que desconfiaban algo de él, no retrocede ante ningun medio. Con Constans, organiza la vergonzosa exhibicion verificada en un restaurant del Bosque de Boloña el 27 de junio de 1885 y en la que se deshonró hasta á la infancia. Pobres niños, alquilados al efecto, figuraban en aquellas Saturnales cubiertos con velos de muselina blanca llevando en letras amarillas (el amarillo es el color judío) inscripciones diferentes; en una de las cuales se leía la palabra: *Fanatismo*; en otra *Ignorancia*; en otra *Miseria*, y se quitaban los velos, cuando se habia suficientemente insultado á la Iglesia en los discursos.

Tambien Laguerre, asociado á los judíos de la *Lanterne*, arrojó contra el sacerdote Roussel las innobles acusaciones sin ningun fundamento, arrastró por el lodo al desgraciado

ministro de Dios, culpable solamente de haber sido harto confiado y demasiado generoso para con una criatura indigna de compasion.

No se han olvidado aún los pasquines voceados al través de París, los inmundos grabados ante los que se detenian niñas de cinco años, el desborde verdaderamente extraordinario de mentiras y calumnias.

Entre el público, algunas personas, hasta sin ser en su interior hostiles á la Iglesia, decian: «Todo esto es muy excesivo, pero ¿cómo ha de ser? el sacerdote ha sido imprudente y un marido irreprochable como Laguerre, un padre de familia que tiene el culto de su hogar, el amor de sus hijos, el respeto de su mujer, tiene el derecho de ser severo.»

Así pues fué grande el asombro al saberse que ese hombre, tan riguroso para otros, era un simple polizonte, pero un polizonte de la especie más abyecta y más baja.

Esposo, como Clemenceau, de una mujer irreprochable, padre de dos encantadoras niñas, aquel hombre lo había abandonado todo para ir á vivir con una prostituta.

La madre de esta comedianta poco austera había tenido algunos años antes unos quince días de celebridad. Sustituía á una amiga á quien el conde de Viel-Castel había dejado sus Memorias, y, acompañada del fantasma de Viel-Castel, presentábase en todas partes, diciendo á los hombres sensibles: «Ya lo veis; tengo la opinion de la Posteridad acerca de vosotros en mi esportillo y no dudo que os impondreis algun pequeño sacrificio para que esa opinion no os sea desfavorable.»

Así se vió requerido uno de los grandes escritores de entonces y se contentó con responderle: «He escrito mucho y no hay duda que los hombres juzgarán de distintas maneras acerca de mis obras; pero, la Posteridad, tenedlo por

cierto, no mirará en vuestro esportillo de madre de actriz.»

La desercion del hogar doméstico por el contrabandista de la casa se efectuó en condiciones particularmente viles, acerca de todo lo cual tengo los pormenores más exactos y circunstanciados: hay en ello toda una novela parisien.

Habiase casado Laguerre con su prima. La madre de nuestro diputado era una mujer de mucho mérito y firmísimo carácter; luego que supo que se trataba del tal matrimonio, fuése á encontrar á la señorita Marta Laguerre y le dijo: «Hija mia, yo te vi nacer, te estimo tanto como te amo; una madre no tiene el derecho de decir mal de su hijo, pero, créeme, conozco á Jorge: te hará horriblemente desgraciada; no te cases con él.»

Un hombre de moralidad muy ordinaria, en el puesto de Laguerre, habriase dicho: «A fé mia, tiene razon mi madre, me gusta el placer; no quiero echar á perder una existencia, no pensemos más en ese matrimonio.»

Por razones de orden más elevado, muchos de nuestros artistas, escritores, han desechado como un delirio un proyecto acariciado un momento. Habian estado inspirados un dia en que estaban bien dispuestos, habian estado elocuentes: una jóven, arrebatada, les había dado oídos. «¡Aquí estaría la felicidad!» había pensado el artista ó el escritor; despues había reflexionado: La lucha me tienta, llenaria de desórden esta existencia femenina; no molestemos á nadie; me contentaré, como en el soneto de Arvers, con saludar desde léjos, cuando la que hubiera podido ser mi compañera.

Passera mère heureuse au bras d'un autre époux.

No conocéis á los Francmasones; es preciso que manchen, que empuerquen, que babeen. Dióse Laguerre por ofendido, hizose amar de la jóven, casóse con ella, y cuando la hubo

hecho madre de dos hijos, la abandonó por la cómica de la legua....

Nada le faltó á lo odioso de esta separacion. Llevóse Laguerre, para entregarlo á su querida, hasta la plata dada como regalo de boda á los recién casados.....

Esto excede las proporciones de un retrato individual; es la pintura de un tipo de la vida moderna. Ese cinismo completo, ese desprecio de la mujer, ese libertinaje en manumitirse de todo lo que obliga á un hombre son propios de los politicones de la Clase media.

He visto interioridades de jóvenes obreros socialistas y su nivel es infinitamente más elevado. «Fulano hace á su mujer desgraciada,» si esta acusacion queda justificada, basta para hacer excluir de ciertos grupos socialistas.

Recuerdo una interioridad de este género. Era muy encantadora: volviendo del taller, el joven obrero pasaba parte de las noches instruyéndose, leyendo, escribiendo. La mujer, una hermosa morena, alta y esbelta, trabajaba á su lado, y veíanse confundidos libros al lado del maniquí y de la labor. Los dos se habian prendado de la *France juive*; quisieron de todos modos que yo comiera con ellos, y, á fe mía, raras veces he visto comida más cordial y más placentera.

Estoy á completa satisfaccion con franceses y francesas como esos. No insultan mis opiniones, y no insulto yo las suyas. Mi huésped me ha enviado apuntes acerca de los obreros que utilizaré en un próximo, libro, siempre si Dios me da vida: *Deo volente*, como nunca dejaba de decir Víctor Hugo. He preguntado á un viejo revolucionario, que ama mucho á ese joven; sino fuera posible ofrecer alguna retribucion por dichos apuntes: «No hagais tal, disgustaríais realmente á mi amigo.» Solo me atreví á enviar algunas

hermosas flores á la hermosa mujer que tan amablemente me habia acogido.

Lo mismo da. Al tomar el café, no pude prescindir de decir á mi huésped: «Sois personas de corazon; teneis ideas que son más ó menos cuestionables, pero que defendeis muy bien, ¿cómo demonios escojeis para diputados á desperdicios de la Clase media, abogados ambiciosos y corrompidos, como Ferry antes, como Laguerre ahora, que se sirven de vosotros como de escabel y que os fusilarán tan tranquilos cuando se les presente ocasion?»

—Las intrigas de la Masonería, la omnipotencia de la Prensa á las órdenes de la Judería.....

Hé aquí todas las respuestas que he podido obtener.

Volvamos á nuestro Laguerre. Cuando debió incoarse la causa de divorcio, sintieron algunos cierta alegría. Los periodistas conservadores que tienen alguna sangre, se dijeron: «Aquí tenemos un prójimo que, diez años há, arrastra por el lodo todo lo que nosotros respetamos, ahora cantaremos claro lo que es él.» Pensaron en el grito de los jefes de la Vendée en el momento del ataque: «¡Animo, muchachos, alegraos!»

A pesar de esto, ni un solo periódico conservador soltó una palabra del asunto Laguerre. Cobarde este hombre como todos sus compadres, tan insolente para con los pobres sacerdotes, hizo las más humildes diligencias para que no se hablara de su causa; arrastróse á los piés de M. Pablo de Cassagnac, quien, demasiado bueno, suplicó al cronista judicial de la *Autorité* que se callara; fatigó á fuerza de súplicas á los redactores encargados de las noticias judiciales; á unos les imploraba, á otros se atrevia casi á amenazar. «Si alguno habla de mi causa, le mataré» decia.

—¿Le matarás?

Vamos á ver.....

El *Univers*, imperturbable, camina siempre cuando nadie se mueve. Dió noticia del asunto y citó uno de los interesantes documentos que figuraba en el expediente, una carta dulce de la Señorita X.... que convidaba á cenar á su elegante amigo y diciéndole: «Sobretudo, ven con Granet! ¡Es tan divertido!»

Podía Granet ser divertido, caso de ser el día aquel en que creyó haber realizado el negocio de los teléfonos con Cornelio Herz, ó el día también en que renovó por seis años, por su autoridad privada, sin haber acudido á ninguna adjudicación, un trato cerrado con una Sociedad de provisiones militares para los efectos de vestuario necesarios á todos los carteros y agentes de correos y telégrafos de toda Francia: 40,000 ó 50,000 hombres que vestir y sostener (1).

Un hombre que ha renovado un contrato como ese por la mañana, en condiciones acerca de las cuales me permitirá Salis que no insista, puede traer, á una casa de actrices, la alegría que tanto gustaba á Roma.

Dans ces joyeux festins d'où s'exilait la gêne,  
Où l'austère Sénèque, en louant Diogène,  
Buvait le Falerno dans l'or.

El día siguiente de haberse tratado de la causa de Laguerre en el *Univers*, un redactor del periódico recibía una carta que comenzaba así:

(1) Según el convenio ajustado en 1881 podía el contrato durar seis ó doce años. Seis meses antes de terminar el primer período de seis años, es decir en junio de 1887 tenía el ministro el derecho de rescindir el contrato para el 31 de diciembre 1887; podía, debía en todo caso, antes de renovar á la callada, informarse de si encontraría condiciones más favorables.

Véase en el *Matin* del 5 de julio de 1887 la carta de un provisionista militar acerca de esto.

El general de Frescheville me había dicho que la comisión de informe debía ocuparse en esto, pero creo que todo se fué en humo.

«Mi querido amigo, os ruego que no se diga en el *Univers* ni una sola palabra más del asunto Laguerre.»

¿Quién firmaba aquella carta?

—¡El conde Alberto de Mun!....

Esto os permite á las mil maravillas daros cuenta de la situación y os explica que seamos vencidos previamente.

El Francmason insulta á nuestros sacerdotes, lucha á mansalva; ofende á los demás y él está seguro de no ser jamás ofendido; está por encima del pacto social.

El pacto social, en cambio de ciertas garantías, impone ciertos deberes; el hombre ligado por ese pacto se abstiene de todo cuanto pudiera ofender, contristar, escandalizar á su prójimo, y, por justa reciprocidad, el prójimo se abstiene también de todo cuanto pudiera ofender, contristar, escandalizar al que se molesta por él.

Diariamente se reproduce el hecho. Antes de contar un accidente conyugal desagradable miramos en torno nuestro por si hay en el auditorio algun marido recientemente burlado á quien pudiera revivirle sus amarguras nuestro cuento. Antes de pronunciar una simple frase, examinamos si puede traer dolorosos recuerdos á alguien, por aquello de no mentar la sogá en casa del ahorcado. Cuando me siento á una mesa donde hay varias personas, procuro siempre informarme en voz baja de si hay Semitas allí. Aun despues de conocidos ya todos los comensales, se lleva el escrúpulo hasta averiguar que nadie pudiera apesadumbrarse ni indirectamente siquiera, y solo cuando se tiene la seguridad fundada, se dice: «no los hay, adelante.»

Este es el pacto social.

El Anarquista, relativamente honrado y sincero, denuncia francamente el pacto, declara que no lo admite ya y que so-

lo reconoce la autonomía individual. Cada cual haga lo que quiera.....

El Francmason engañoso, rastrero y cauteloso, se porta de distinta manera; no observa el punto social para con los demás, pero quiere beneficiarlo cuando se trata de sí mismo. Dice á los conservadores: «Yo y mis amigos hemos desacreditado á vuestros sacerdotes que eran absolutamente inocentes, pero esto complacia á nuestros electores; hemos aprovechado las oportunidades para corromper á la infancia presentándole á la vista grabados obscenos. Hoy me está pasando un caso desagradable; he abandonado á mi mujer por una gorrana; no quiero que se hable de esto, y como sois personas bien educadas, cuento con vosotros para practicar las diligencias necesarias á fin de que no se me moleste en nada.»

Los conservadores se quitan el sombrero y contestan:

—Perfectamente, mi querido Laguerre, contad con nosotros, vamos á imponer silencio á nuestros periódicos.

—Muy bien, dice el Francmason á los católicos. Me la pagareis así que pueda y os trataré de Sodomitas.....

Es absolutamente insensato luchar en estas condiciones. Los soldados del Mahdí que solo tenían palos exterminaron á los soldados ingleses armados con excelentes Martini y solo dejaron escapar tres hombres para contar lo sucedido. El valor, la fe, la voluntaad de morir suplen por todo, pero el éxito del combate hubiese sido diferente si, al ir á embestir á sus adversarios hubiese dicho el Mahdí á sus fieles: «No moverse, y dejáos matar tranquilamente.»

Hemos visto uno de los que votaron la urgencia de la proposición René Laffon «en nombre de la moralidad pública» y quisierais todavía ver otro.....

O vous, dont l'œil étincelle  
Pour entendre une histoire encor,

Approchez, je vous dirai celle  
De dona Padilla del Flor.

Aquí es necesario remover alguna tierra, como lo encargaba Tottleben, y rodearnos de algunos gaviones: luego explicaré por qué.

No necesito deciros que si el pornográfico co-votante de René Laffon viniese á preguntarme si es él á quien quise designar, me apresuraria á contestar: «Sí.» Delante del jurado obraria probablemente del mismo modo; pero delante de un presidente de tribunal correccional, no vacitaria en responder: «Juez mio, ignoro que quereis decir, soy inocente como un recién nacido; los trabajos á que me dedico me han quitado la poca inteligencia que tenía y pido que me trateis con igual indulgencia que á Erlanger.»

Nuestro Radical es un extranjero como debe serlo todo perfecto Radical, sin que pueda caber la menor duda acerca de ese origen extranjero afirmado por documentos auténticos. Naturalmente, á él confió el gobierno de la Defensa nacional uno de los cargos más importantes cuando fué preciso defender una Patria que no era la suya; él tuvo en su poder el secreto de nuestras operaciones desde las resoluciones más importantes hasta los más insignificantes movimientos de tropa.

A los franceses les parece esto muy sencillo; se les trata como á perros en su país; entre 38 millones de franceses se escoge un extranjero para darle uno de los puestos más delicados en el momento de la invasión; opinan de igual modo y dicen: «¡Muy bien hecho!»

Nuestro hombre robó á más y mejor, y luego que se trató de una información acerca de los actos del gobierno de la Defensa nacional, juzgó conveniente renunciar momentáneamente á la vida pública y desaparecer completamente.

Fué más allá de San Sebastian y se refugió en países cálidos; allí ejerció toda clase de oficios, fué empresario de circo, director de teatro, compositor de cantatas para soberanos y hasta sirvió, alguna que otra vez, de lavandero literario á M<sup>me</sup>. Ratazzi.

Poco menos que completamente iliterato él mismo, el representante actual del pueblo francés no podía bastar personalmente á estas múltiples tareas y explotaba á un pobre diablo, muy honrado, muy laborioso, á quien obligaba á trabajar como un negro por una exigua paga.

No obstante, un día se rebeló el secretario y rehusó asociarse á la empresa vergonzosa que le proponía el celador actual de la moral pública.

El miembro de la izquierda habia explicado, sin circunloquios, cual era su proyecto (1):

Pude observar á menudo, escribia, en mi juventud con que aidez las loretas ricamente mantenidas y los hombres de cierta sociedad buscaban los libros obscenos en el género de la *Justina* del marqués de Sade y otros.

He visto pagar estos libros hasta á 500 francos y no lo he comprendido, vista la estupidez de los pormenores y la nulidad de la intriga y del estilo.

No obstante el gusto existe y existirá siempre. El otro día un Brasileño compró aquí para su querida un libraco por el que no hubiese dado yo diez sueldos y él lo pagó en 400 francos.

Hace ya tiempo, habia pensado yo en escribir la *Historia de un Hermafrodita*, pero sin el menor velo, desnudo del todo, lo más licencioso que hay, pero con enredo, estilo y talento: hacer una obra maestra del género.

Agregarse, además, un pintor de talento que dibujara unos veinte asuntos acerca de los capítulos más... curiosos. De estos haríamos cromolitografías para cada tomo.

(1) Copia de una carta de M. Z.... á M. X.... Entregué el original á su autor el 9 de diciembre de 1885.

Firmado: Viuda X....

El negocio comercial consistiria en hacer 1.000 ejemplares en 4.º con los dibujos grandes y 3.000 ejemplares en edicion de bolsillo con grabados finos.

El tomo en 4.º se venderia fácilmente á 1000 francos. . . . . 1.000.000.

El de bolsillo á 250 francos. . . . . 750.000.

Doy 20 por 100 de comision á los diferentes individuos que lo coloquen en Francia, Inglaterra, España.

Quedará, pues, una cantidad de 1.400.000 francos que tardará quizás dos años en ingresar, pero que ingresará de seguro si la obra está bien hecha, tiene talento... y lo demás.

Me direis que la dificultad está en hallar un impresor. Solo debo responder que uno mismo debe ser el impresor y tener los menos posibles confidentes.

Esto es difícil, pero no imposible.

¿Cuál es vuestra opinion?

Solo en París colocariamos más de la mitad, como en Londres.

No podria hacerse el *Hermafrodita* sino estando juntos los dos; por correspondencia, es enteramente imposible.

El literato murió, como mueren tantos pobres franceses que trabajan para el extranjero, desilusionado, casi sin recursos. Dejaba una viuda y un hijo.

Toda la Francia habló del hijo. Glorioso mártir de la ciencia, sacrificó voluntariamente su vida para salvar la de los demás y el nombre de una calle de París dado al jóven sabio recuerda una de las nobles acciones de esta época.

La viuda vivia sola aun en tiempo de su hijo; ocupaba antes un destino bastante importante en la enseñanza, pero se la sacó, como se saca poco á poco todo lo que no es de origen aleman ó judío; á pesar de su repugnancia, se dirige á nuestro virtuoso republicano, y le prometió pagarle cuanto debia á su marido. «A propósito, dice él, si teneis cierta carta, devolvédmela.» La viuda devolvió la carta, apoderóse de ella el diputado y en adelante dió con la puerta á las narices de la pobre solicitante.

En vano se dirigió la Señora X... á todos; en vano escri-